

EL MONACATO MEDIEVAL Y LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS GERMÁNICOS*

“Cuando todos los apóstoles y los maestros de las naciones presenten a Dios en el día del juicio final a los pueblos que han convertido, él [Gregorio] nos presentará a nosotros, el pueblo de los anglos, al Señor” (*Vida de San Gregorio*, por el monje de Whitby, c. 6).

Esta cita ilustra la conciencia que tenían los propios descendientes de los que fueron evangelizados por San Agustín y sus monjes, enviados desde Roma por el Papa San Gregorio. El Padre de su nación —de una tierra que nunca vio— y de sus habitantes —que en el mejor de los casos sólo conoció por un pequeño grupo de esclavos en el mercado de la Urbe—, era para ellos, por encima de todos los demás, el Papa San Gregorio. Así como cada nación cristiana de la tierra tenía sus apóstoles, fundadores de iglesias y maestros de la fe: *Anglorum iam apostolus / nunc angolorum socius*, el de los anglos es Gregorio, proclama el *rythmus* litúrgico, atribuido a San Pedro Damián, que se basa en la leyenda de los jóvenes anglos ofrecidos a la venta como esclavos, y que el Papa, conmovido, adquirió para enviarlos, convertidos al cristianismo, para evangelizar a su pueblo. Si este episodio no puede ser comprobado históricamente, está firmemente asegurado el testimonio del compromiso de San Gregorio con la misión *ad Anglos*: el *Libellus responsionis*, la correspondencia con Agustín (PL 77, 183 ss), lo prueba, y más brevemente la cita del *Comentario moral al libro de Job*, c. 27: “*Ved como la lengua de la Britania, que sólo sabía gruñir con sonidos bárbaros, hace ya tiempo empezó a repetir el Aleluya de los hebreos en la alabanza divina...*”. El texto del monje de Whitby, citado al comienzo, se destinaba seguramente a la liturgia celebratoria del *dies natalis* del Papa, especialmente solemnizado por una disposición del Sínodo de Clovesho de 747.

* Ponencia presentada en las *III Jornadas de Historia de la Iglesia*, organizadas por la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina (13-14 octubre 1997).

El envío de Agustín y sus compañeros en 596, no sólo señaló el principio de la conversión de los reinos paganos, comenzando por la buena acogida de los reyes y príncipes, muchos de ellos más o menos cercanos ya al catolicismo por sus vínculos familiares, sino que abrió el camino para la futura expansión misionera en Germania y hasta los confines orientales de Europa, promovida desde los monasterios ingleses. En nuestra exposición vamos, pues, a comenzar con una rápida referencia a la vocación monástica y a su desarrollo, mencionando las iniciativas misioneras (1), para proseguir con la figura del Papa San Gregorio, su discutida pertenencia a la tradición benedictina y el impulso misionero que suscitó en beneficio de la Inglaterra (2), y concluir con la misión de Germania, indicando, aunque sea someramente, el extraordinario florecimiento del monacato y su gran influencia en la vida eclesial y de los pueblos del Imperio carolingio (3).

1. Los monjes y la misión

Una primera impresión, en este final del siglo XX, es que los monjes no parecen tener una orientación marcada hacia la misión. Esto se debe al carácter contemplativo de su vida y tradición, pero hay también otras razones, que les son externas, como la progresiva “especialización” de las tareas eclesiales y misioneras, y una cierta sofisticación en los medios empleados. Sin embargo, la vida monástica ha mantenido, a lo largo de los siglos, una estructura flexible y comprehensiva, y una apertura a una visión de la Iglesia que supera las compartimentaciones y los esquemas rígidos. De esta manera, sin proponérselo directamente, ha estado siempre presente en las avanzadas del anuncio del Evangelio, no sólo ni principalmente por la predicación, sino por el testimonio de sus máximas llevadas a la práctica y la irradiación de la presencia de Dios en su vocación. En un marco claustral y con las bien marcadas características de su orientación espiritual, de la disciplina ascética, de su fidelidad nunca desmentida a la oración silenciosa, al oficio litúrgico, al trabajo y a la *lectio divina*, supo dar cabida a las actividades que reclamaban las necesidades de la Iglesia y de los hombres de cada época, y que hacían posibles las virtualidades de su propia vocación. Desde los albores de la vida monástica hasta nuestros días —ahora particularmente con las fundaciones monásticas en las nue-

vas cristiandades, muchas de ellas inspiradas en el ejemplo de San Bonifacio y de los primeros apóstoles de la Germania— los monjes han aportado su contribución, incluso hasta el derramamiento de la sangre, a la difusión del mensaje de salvación. Veamos las distintas maneras como se fue presentando y desarrollando la vida monástica, desde su aparición visible en los primeros años de la paz constantiniana, en las primeras décadas del siglo IV. Y notemos desde ya los diferentes aspectos que fue revistiendo, conservando una sustancial identidad en lo esencial.

En la tradición originante del monacato en Egipto, Palestina y Siria, tenemos la experiencia de Dios en una actitud totalizante: la existencia entera ofrecida a Dios en una disciplina ruda, abierta a la contemplación, y paradójicamente dotada de grandes valores humanos, como la acogida, la comprensión, la solicitud por los demás, la generosidad con los necesitados. Desde el siglo IV se presentan las formas que después se reiterarán dondequiera se implante la vida monástica: el *eremitismo*, vida solitaria en el desierto, el *cenobio*, vida en una comunidad de hermanos, con una organización en continuo desarrollo, “bajo la guía de un abad y con una regla” (según la definición de San Benito de Nursia), la *laura* o forma mixta de cenobitismo y eremitismo. Antonio, padre de los monjes, cuya *Vida* fue escrita por el Papa de Alejandría, San Atanasio; Pacomio, fundador de la *Koinonía*; los Padres mencionados en los *Apotegmas* y en otros textos de los siglos IV, V y VI, con una enorme difusión por todas las culturas, son sus principales exponentes. Con la expansión hacia otros horizontes, temperamentos y culturas diferentes, el monacato se adaptó, asumiendo distintas tareas y características propias, en una continuidad sustancial con sus orígenes. En Capadocia, a partir de Eustacio de Sebaste y, sobre todo, con San Basilio Magno, los monasterios iniciaron una cantidad de actividades de proyección social, a partir de una espiritualidad comunitaria muy marcada por la teología de la caridad; en la Mesopotamia, área de fronteras y de encuentro de poblaciones, fuera incluso de los límites del Imperio Romano, los monjes dieron a sus hermanos un sostenido apoyo, como también en Siria y en Egipto participaron activamente en los conflictos doctrinales que dividieron a la Iglesia de Oriente; en Constantinopla, la nueva Roma, el monacato tomó un aspecto más cultural, con la vertiente mística que

llega desde los monasterios estuditas hasta San Simeón el Nuevo Teólogo.

También en Europa se da una realidad muy diversificada. La vida monástica fue conocida muy pronto por los relatos de los viajeros y la experiencia de los pastores exiliados con motivo de la controversia arriana, como San Atanasio de Alejandría en Occidente y San Eusebio de Vercelli en Oriente, la propaganda eficaz de San Jerónimo, la llegada de Juan Casiano a Roma y las Galias, desde Constantinopla, donde había asistido a San Juan Crisóstomo. La difusión de las obras principales de la literatura monástica, desde la *Vida de Antonio*, los escritos pacomianos, los *Apotegmas de los Padres*, entre otras, demuestra el interés que suscitaban entre los cristianos. San Agustín, antes de regresar al África, ya conocía la *Vida de Antonio*, y en su patria iniciaría un monasterio urbano, según un modelo que tendría mucha difusión en toda la Edad Media; Casiano, por su parte, a comienzos del siglo V, con sus escritos que conocieron una difusión extraordinaria, las *Instituciones* y las *Colaciones* o *Conferencias*, y su propia obra de fundador en Provenza, apunta a un estilo de vida más retirado y claustral, con una fuerte impronta evagriana, en la tradición espiritual de Orígenes, el gran autor alejandrino. San Eusebio de Vercelli es conocido como uno de los iniciadores en Italia de un monacato clerical,¹ y San Martín, obispo de Tours (371-372), conjugaba su acción pastoral con una vida monástica inspirada en la tradición egipcia.² San Patricio, apóstol de Irlanda a partir del año 432, sin ser monje él mismo, supo dejar un legado que cohesionó a sus herederos espirituales en una estructura monástica muy fuerte, que convenía a la organización en clanes de su pueblo, carente de centros urbanos; sus particularidades ascéticas y litúrgicas no desaparecerán hasta principios del siglo IX, a pesar de la decisión tomada en el Sínodo de Whitby (664) de adoptar la práctica romana. Los monjes irlandeses, con el ideal ascético de la *peregrinatio* por Cristo, rebalsaron la isla verde y

1. Cfr. ELIZALDE, MARTÍN DE: *San Eusebio de Vercelli y la vida monástica*, en: *Cuadernos Monásticos* 28, 1993, 106, 419-432.

2. SULPICIO SEVERO: *Vida de San Martín de Tours*. Introducción de E. Contre-ras; traducción de P. Saenz. Victoria (Bs. As.), ECUAM, 1990 (Nepsis, 1).

fundaron monasterios en Escocia, Gales e Inglaterra, y cruzaron al continente, dejando una presencia espiritual y evangelizadora de gran importancia, como lo indican los nombres de Luxueil, en Francia, Bobbio, en Italia, y San Galo, en Suiza. En España, como en otros lugares de Italia y en las islas del Mediterráneo, en Galia, especialmente en el sur, por obra de los monjes de la isla de Lérins, y por toda Europa, en realidad, la vida monástica se extendía y consolidaba. La *Vita Sancti Severini*,³ escrita por Eugepío, en Lucullanum, cerca de Nápoles, por el año 511, refiere la acción paternal y caritativa de San Severino en el Nórico, territorio situado en la frontera del Imperio, en el norte de la actual Austria, asolado por los bárbaros, ya no más intimidados por las legiones romanas. Cuando murió Severino en 482, monje taumaturgo y pacificador, respetado por la población local y por los invasores, sus monjes llevaron sus restos a Italia, al replegarse por orden de Odoacro. Este antecedente, en el mismo teatro de la obra misionera de Bonifacio, resulta de interés señalarlo aquí.

2. San Gregorio Magno, la Regla Benedictina y la misión de Inglaterra⁴

Escribe San Gregorio Magno en el segundo libro de los *Diálogos*, dedicado al abad Benito de Montecasino, que éste, cuando se instaló en lo alto de la montaña y allí fundó su monasterio, evangelizó a los paganos que habitaban el lugar.⁵ Y con esta referencia tocamos un punto determinante en la evolución futura de la cristianización de Europa y de la configuración de las iglesias locales. Una primera pregunta es acerca de la expansión de la Regla benedictina, que los autores estiman fue compuesta hacia el año 530, en un lugar no lejos de Roma y que coincide con la localización tradicional, en Montecasino. San Benito murió entre los años 550 y 560, pero ya en 577 su monasterio fue destruido por los longobardos y restaurado recién en 717. La Regla no tuvo

3. EUGIPIO: *Vie de Saint Séverin*. Introduction, texte latin, notes et index par Philippe Règeat. Paris, Cerf, 1991. 326 p. (Sources chrétiennes, 374).

4. Cfr. MEYVAERT, PAUL: *Benedict, Gregory, Bede and others*. London, Variorum Reprints, 1977. 388 p.; PRINZ, FRIEDRICH: *Ascesi e cultura. Il monachesimo benedettino nel Medioevo*. Bari, Ed. Laterza, 1983. (Universale Laterza, 630).

5. GREGORIO MAGNO: *Diálogos II*, c.8.

prácticamente difusión en Italia, en esos primeros siglos, pero fue conocida ya en el siglo siguiente en Galia, como atestigua la carta de Venerando a Constancio de Albi, escrita por el año 625. El aprecio por la regla de Benito, *abbas romensis*, como se lo llama, está claramente demostrada por su incorporación progresiva ya a partir de esta época a los usos de los monasterios celtas, como Bobbio, y otros de Galia, de acuerdo al sistema llamado de la *regula mixta*. De esta manera, la Regla de San Benito se expandió por Europa, aunque su primado llegaría solamente con San Benito de Aniano, fallecido en 821. Nacido en Aquitania de estirpe visigoda, se llamaba Witiza, y se educó en la corte de Pipino el Breve y de Carlomagno; monje y abad, adoptó en su monasterio del sur de Francia la Regla benedictina en forma exclusiva, y por su influencia, ya en tiempos de Ludovico Pío, la observancia propugnada por él se convirtió en el ideal impuesto por las autoridades civiles y eclesiásticas a todas las comunidades monásticas. Una serie de medidas tomadas por sínodos que contaban con el patrocinio imperial obligaron a los monasterios a ceñirse a la observancia benedictina, considerada la única digna para los monjes, quienes en caso contrario debían optar por el estado canónico. La uniformización facilitó la entrada de los principios espirituales, litúrgicos y culturales que constituyen el rostro más conocido y más evidente de la presencia monástica en el Medioevo. El movimiento cluniacense es, en realidad, la evolución hasta sus últimas consecuencias de muchas de las iniciativas de Benito de Aniano. Con todo, hay que tener en cuenta que la imposición de la Regla en la era carolingia fue precedida por su introducción exitosa en Inglaterra, de donde San Bonifacio la llevó a Germania, dándole una preeminencia cierta frente a la costumbre existente hasta entonces de la *regula mixta*. Imposible es imaginar, entonces una *benedictinización* rápida, procedente del centro mismo donde vivió San Benito, con o sin el apoyo formal de los Pontífices romanos, como en algún momento aseguraron ciertos autores.⁶ La realidad es distinta: una difusión lenta, capilar, con

6. Para la relación entre la Regla del Maestro y la Regla de San Benito, cfr. VOGÜÉ, ADALBERT DE: Introducción a sus ediciones de ambas reglas, *La Règle du Maître*, Paris, Ed. du Cerf, 1964-1965, Vol. I-III (Sources chrétiennes, 105-107), y: *La Règle de Saint Benoît*, Paris, Ed. du Cerf, 1971-1972, Vol. I-VI (Sources chrétiennes, 181-186).

más éxito al otro lado de los Alpes que en Italia misma, en la que la Regla benedictina se imponía en la estimación general por su flexibilidad, equilibrio y espiritualidad, hasta que, conjugadas la voluntad imperial y la personalidad de un reformador, se impuso de manera definitiva.

Otra pregunta surge acerca de la relación que tuvo San Gregorio Magno con la Regla y el monacato de San Benito. Es innegable que había oído hablar de él, y que conocía la fama de santidad y sus milagros y portentos, así como circunstancias de su vida, y hasta podía aducir nombres de personajes diversos, monjes y obispos, que habían conocido a San Benito. A él, pues, le dedica enteramente el libro II de los *Diálogos*, que es una obra de carácter más bien didáctico y popular, en la que quiere mostrar que la santidad y los hechos extraordinarios no son patrimonio del pasado ni de lejanas comarcas, sino que también se encuentran en la Italia de su tiempo. Esta obra de edificación y de apologética era tanto más necesaria, cuanto que las condiciones de sus compatriotas distaban de ser felices, en medio de las guerras y de las invasiones. Pero San Gregorio no sólo podía relatar diversos hechos de la vida de San Benito, sino que, con caluroso entusiasmo, recomendaba su Regla. Sin embargo, muchos pasajes de la obra muestran que San Gregorio no tenía en cuenta las observancias y costumbres descritas en la Regla benedictina, y se puede concluir que él mismo, en su monasterio del *Clivus Scauri*, no la seguía. El carácter de monje benedictino que se atribuía a San Gregorio no puede ya sostenerse, como tampoco el que los monjes que envió a Inglaterra en 596 hubieran profesado la Regla del abad de Montecasino. La crítica reciente, además, ha sometido a un examen muy severo la autenticidad gregoriana de los *Diálogos*, obra que para F. Clark habría sido escrita entre los años 670 y 680. Sus argumentos, sin embargo, no han convencido.⁷ Otra obra, el *Comentario al libro I de los Reyes*, de aún más discutida autenticidad, contiene una referencia bastante explícita a la Regla benedictina, pero su valor como argumento para sostener que San Gregorio era benedictino o que en su monaste-

7. CLARK, FRANCIS: *The Pseudo-Gregorian Dialogues...* Leiden, E.J.Brill, 1987. Vol. I-II (Studies in the History of Christian Thought, 37-38).

rio romano se practicase la Regla es casi nulo, a menos que se demuestre que es obra del Santo Papa.⁸ En realidad, la explicación más atendible es, justamente, el parentesco existente entre las diferentes formas de vida monástica en la península itálica y en la Galia, plasmada en una serie de reglas (se conocen más de 30 reglas monásticas latinas, y se estudian actualmente su relación y las influencias recíprocas). El caso de San Benito, que utiliza una Regla anónima, llamada *del Maestro*, probablemente de origen italiano, escrita cerca de Roma en el primer cuarto del siglo VI, y de los florilegios, como la *Regula Eugipii*.⁹ atribuida justamente al autor de la *Vida de San Severino* que hemos mencionado antes, así como el proceso de redacción de las reglas lerinenses —que regían la vida de los monjes del famosísimo cenobio insular de Lérins, en el sur de Galia—, confirman una extensa influencia recíproca, una verdadera apropiación de normas y disposiciones que son integradas más o menos armónicamente en la tradición propia. Pero debemos notar dos cosas: en aquella época no había derechos de autor, y las tradiciones mismas no diferían tanto entre sí, pues estaban estrechamente emparentadas, por la materia que trataban y por el modo de hacerlo. Y, de esta manera, se daban grandes semejanzas, sin que hubiera estricta identidad, y un patrimonio común que se extendía de ese modo por toda la Iglesia.

Queda así clarificado el controvertido tema del benedictinismo de San Gregorio y, por consiguiente, el carácter benedictino de la misión enviada a Inglaterra, que vamos a presentar a continuación. Hemos mencionado el hermoso relato, transmitido por Beda el Venerable y recogido por la liturgia, del encuentro de San Gregorio con los jóvenes anglos, cuya autenticidad no puede ser probada. Lo cierto es que en 596 decidió el envío de una misión para evangelizar a la población de la isla, y para ello eligió un grupo de monjes, del monasterio fundado por el mismo Papa en su casa paterna, con Agustín a la cabeza. Inglaterra, abando-

8. VOGUÉ, ADALBERT DE: *L'auteur du Commentaire des Rois attribué à Saint Grégoire: un moine de Cava?*, en: *Revue Benedictine*, 106, 1996, 3-4, pp. 319-331.

9. EUGIPIO: *Regula*, ediderunt Fernandus Villegas et Adalbert de Vogüé. Wien, Hoelder-Pichler-Pempsky, 1976. xxviii, 116 p. (CSEL, 87).

nada por las tropas romanas a comienzos del siglo V, estaba evangelizada superficialmente, y a la población de origen celta, se fueron agregando en sucesivas oleadas los sajones, frisios, jutos y anglos, que formaron los siete reinos (la Heptarquía), y empujaron hacia el Oeste a los habitantes autóctonos. La embajada de monjes romanos llegó a Kent, cuyo rey Etelberto, casado con una princesa franca y católica, les concedió la libertad de predicar y los instaló en Canterbury, donde permanece hasta hoy la sede primada. Coincidieron en el mismo territorio los monasterios de inspiración romana, pero no benedictina, con los de origen celta, mientras se implantaban en el centro de la isla algunos monasterios de observancia gálica. Wilfrido, abad de Ripon y después obispo de York, y Benito Biscop, fundador de los importantes monasterios de Wearmouth y de Jarrow, en la segunda mitad del siglo VII, muy influenciados por la doctrina y las prácticas romanas, contribuyeron eficazmente a darle al monacato inglés su carácter benedictino, sin que ello significara todavía abrazar la Regla de San Benito como código único y excluyente. Es significativo, sin embargo, que el código más antiguo de la Regla de San Benito, procede de Inglaterra y se puede datar del siglo VIII. Este monacato, vigoroso y en constante expansión, contó con una presencia femenina altamente calificada, ya sea en los monasterios de monjas como en los monasterios dúplices, que reunían a monjes y monjas, y que duraron hasta el siglo IX. Fue de esta iglesia y de sus monasterios que partió la empresa evangelizadora de la Germania, y en ella no estuvieron ausentes grandes abadesas y monjas. Su fuerte impronta cultural, confirmada por la presencia de grandes y atrayentes personalidades de eruditos, como Beda el Venerable, habría de trasmitirse a las fundaciones germanas, como lo veremos a continuación.

3. La evangelización de los pueblos germánicos por los monjes

Los monjes celtas que habían pasado al continente, en relación estrecha con San Columbano y sus fundaciones, se habían hecho presentes en el territorio germano desde principios del siglo VII. En el siglo siguiente San Pirmino funda Reichenau, en el lago de Constanza, monasterio llamado a altísimos destinos en la historia de la tradición benedictina. Pirmino, procedente de la

Galia, como otros que seguían en sus comunidades la *regula mixta*, difundió la Regla benedictina. Un reconocido erudito, F. Prinz, afirma que *“entre el final del siglo VII y el comienzo del VIII se puede decir que (1) las enérgicas iniciativas político-eclesiales de Dagoberto I al este del Rin, (2) el estrecho vínculo con el movimiento de Luxueil y sus sostenedores —la nobleza franco-burgunda—, y (3) el trabajo misionero que realizó o hizo posible el monasterio de los Vosgos en las mencionadas regiones, son los tres momentos más importantes del desarrollo histórico-eclesiástico. Más aún: estas tres fuerzas principales no se encontraron juntas por casualidad, sino que están ligadas estrechamente entre sí. Sin la autoridad real no hubiera existido actividad alguna de la nobleza merovingia en Frisia, Turingia, Alemania y Baviera. Sin el rey y sin la nobleza no hubiera tenido éxito la misión irofranca; sin Luxueil no se hubiera dado una cristianización tan intensa al este del Rin”*.¹⁰ La tarea evangelizadora, pues, estaba comenzada y tenía el apoyo del poder político.

Entonces, por la misma época, monjes ingleses comenzaron a presentarse entre las tribus germánicas: Wilibrordo, discípulo de San Wilfrido, llegó a Frisia en 690, y fue ordenado obispo en 695, fijando su sede en Utrecht. Bonifacio, que vivió entre 680 y 754, siguió a Wilibrordo, y en 722 fue consagrado obispo y nombrado arzobispo diez años después. No tenía una sede fija, y sólo en 744 fundó un monasterio en Fulda, cuyo primer abad fue su discípulo Sturmio y donde se siguió desde el principio la Regla benedictina. La rápida expansión misionera iba acompañada por el establecimiento de monasterios, que eran una base para los predicadores y un centro de afianzamiento de la fe y la cultura cristiana para las poblaciones recientemente conquistadas para el Evangelio. Como los monasterios ingleses eran ya muy cercanos a la práctica de la Regla benedictina, cuando no la habían adoptado en forma exclusiva, los monjes misioneros difundieron en Alemania esa estima y llegaron rápidamente a aplicarla. Otra característica común del monacato inglés, que era la actividad cultural, el trabajo intelectual, el estudio de la gramática latina y de

10. PRINZ, FRIEDRICH: *op. cit.*, p. 73.

la historia, se trasplantó igualmente a los monasterios germanos. De esta manera se iba creando el ambiente para el renacimiento carolingio, que afectó principalmente a las naciones franca y alemana, y la hegemonía de la Regla benedictina, lograda justamente bajo los emperadores carolingios. La acción de estos seguía la misma línea de sus predecesores, recurriendo esta vez a monjes cada vez más identificados con la Regla benedictina. Su gran preocupación apuntaba, lo vemos, a la formación de una nación unida, bajo la misma fe, en la cual los monjes, factor importantísimo de evangelización y de cultura, estaban a su vez unidos en la observancia de la misma Regla, que resultó ser la elogiada por San Gregorio, y que este definió como "*principalissima por la discreción*" (*discretione praecipua*), la de Benito de Nursia. Es con este nuevo impulso que el cristianismo del flamante Imperio supera la barrera del mundo que había sido formado por Roma.

Fueron todavía monjes benedictinos, desde los monasterios alemanes y a instancias de los emperadores, a partir de Otón I, que llevaron la fe cristiana a Bohemia, en pleno siglo X, donde se fundó la diócesis de Praga, cuyo segundo titular fue San Adalberto (Vojtech), fundador del monasterio de Brevnov, de donde salieron los primeros pobladores del célebre monasterio de Pannonhalma, en Hungría, que acaba de celebrar el año pasado su milenario. Adalberto, en Bohemia, se encuentra con la corriente animada por los Santos Cirilo y Metodio en Moravia, procedente de Bizancio. Esta confluencia de ambas tradiciones religiosas, litúrgicas y culturales, es uno de los últimos episodios que, a pesar de las desavenencias que surgieron, indican la comunión existente entre Roma y Constantinopla, antes de la ruptura que desembocaría finalmente en el cisma que aún hoy subsiste. En el siglo siguiente, también Polonia recibió a los monjes apóstoles, quienes ejercieron su influencia en la vida eclesial y la liturgia. San Wolfgango, monje de Einsiedeln, futuro obispo de Ratisbona, incursionó igualmente por tierras magiares.

Junto a la figura descollante de San Bonifacio, no todos los que propagaron el Evangelio en Germania fueron monjes, aunque estuvieron relacionados con ellos. Ludgero, por ejemplo, que murió siendo obispo de Münster en 809, había sido discípulo del

célebre Alcuino, en York. Enviado a Frisia ejerce allí su ministerio, y pasa después dos años en el monasterio de Montecasino, instruyéndose en la Regla de San Benito, y cuando regresa, sigue misionando en Frisia y Dinamarca. Pero no había profesado la vida monástica, a la que, sin embargo, apreciaba y deseaba difundir. Otros, llamados a una actividad apostólica, como Sturmio, suspiraban en cambio por la vida solitaria, que es la forma extrema de la vida monástica, pero al fin se instala en la fundación de Bonifacio, Fulda, de la que es abad. Con Anscario pasamos al siglo IX; profesó en el monasterio de Corbie, cerca de Amiens, desde el cual fue enviado a la fundación hecha en Sajonia, con el nombre germanizado de Corvey. Se conjugaban en él las ansias del martirio y la antigua espiritualidad de la *peregrinatio*, que encontraron su cumplimiento en la lejana Dinamarca.

Si esta era la situación en las fronteras del Imperio, los monasterios del interior consolidaron la construcción de una sociedad según el modelo ideal, al que tendían las políticas oficiales. Como centros de trabajo intelectual, conservatorios de la tradición antigua, debidamente adaptada a la fe cristiana y a las necesidades del tiempo y las posibilidades de la época, los monasterios fueron no menos importantes en esta tarea silenciosa y pacífica que en la más arriesgada y abnegada de la misión. En Tours, Alcuino realizó una edición muy mejorada de la Biblia, que reemplazó a la *Vetus latina*; del *scriptorium* de Corbie se difundió la así llamada minúscula carolingia, que fue la escritura de todo el Medioevo cristiano; en fin, en los monasterios benedictinos y benedictinizantes de Inglaterra y sus fundaciones, nació y se mantuvo el sistema de educación cristiana y de transmisión del saber que lo distingue con el nombre de esa familia espiritual y que caracterizó a la Edad Media. Pero al mismo tiempo establecieron en la organización económica y en la explotación de sus tierras las pautas más evolucionadas que su propia experiencia les sugería, y que los constituyó en maestros de civilización. Fue este el modelo de cristiandad que los monjes misioneros implantaron en el territorio delimitado al oeste por el Rin y al sur por el Danubio.

Aunque se aparta de la época que debemos considerar aquí, en medio de la crisis de los monasterios de los siglos XI y XII, con

la aparición de numerosos centros eremíticos, la tensión misionera se hizo también presente: entre los monjes que reunió San Romualdo en Camaldoli, hubo quienes, como Bruno de Querfurt, se dirigieron hacia los extremos de la Polonia —a pedido del emperador Otón III, en 1002— mostrando que ese atractivo de la misión se podía encontrar en los más distintos ambientes.

Es imposible pensar que el apostolado misionero de los monjes en el siglo VIII hubiera sido posible sin sus contactos con el poder franco. Después de la derrota de los sajones en 777, los monjes extendieron su penetración hacia el interior. Mientras tuvieron a su cargo la misión, salvo algunas contadas excepciones, asumían la parte más difícil, que era la entrada en las regiones paganas y los primeros contactos con la población, pero no la cura de almas permanente en las parroquias. Los monjes constituían como el encuadramiento doctrinal de la iglesia naciente, con uno de ellos como obispo o asistiendo al que fuera elegido de entre el clero, y que, en los monasterios que fundaban con asombrosa rapidez, se profundizaba con la vida espiritual y litúrgica y la disciplina de la Regla en la práctica del Evangelio, con una irradiación notable, que a nosotros nos cuesta imaginar, entre la población local, bárbara o semibárbara. Con el afianzamiento de los monasterios, de ellos se podían aprender las técnicas agrícolas y recibir los elementos que aportaba una civilización más desarrollada, y en ellos se instruían además en las letras y las artes, realizando esa síntesis admirable que es la Edad Media, y que fue poco a poco moviéndose hacia el este, y convirtiendo a ese conglomerado de naciones en una Europa unida en la fe y en un mismo espíritu.

Aunque sea brevemente, debemos mencionar la presencia de las monjas. Los monasterios femeninos eran centros importantes de espiritualidad y de cultura en Inglaterra, estrechamente asociados a los monasterios de monjes. Cuando de éstos marcharon al continente los misioneros, las monjas los siguieron, no para ejercer el apostolado directo, sino para fundar sus monasterios. Y a través de ellos, la sociedad todavía bárbara recibió el influjo de una vida más alta y espiritualizada, con la enseñanza de las doctrinas evangélicas y el testimonio de una convivencia más humana, fraterna y culta. Es interesante comprobar que la tradición

tan fuerte del monacato femenino en Germania subsistió con el pasar de los siglos, y que entre los francos y los germanos, pero sobre todo entre estos últimos, hubo grandes abadesas, con un poder y una influencia considerables, incluso en la corte, y que contribuyeron a dar estabilidad al orden social que se instauraba, informado por la fe cristiana. Las mujeres, reinas y princesas, damas de la corte, habían ejercido un papel muy importante en la conversión al cristianismo de las tribus bárbaras, aportando un elemento de piedad y de humanidad; tal función de las mujeres, que suavizaba las asperezas de una sociedad violenta, fue capitalizada en los monasterios femeninos, que ocuparon de este modo un lugar definido en la sociedad. Siglos después, pareciera que el lugar de las Bertas y Batildes fue ocupado por las abadesas y místicas, las Matilde (ambas), Hildegardis, Gertrudis, de tanta importancia en la historia de la espiritualidad. Pero antes todavía, como las monjas corresponsales de San Bonifacio, que lo alentaban en su esfuerzo misionero y mantenían vivo en él los intereses culturales, podemos señalar el nombre de la monja Hroswitha, literata distinguida en esa edad que llamamos oscura.

* * *

La definitiva victoria de la Regla de San Benito sobre las otras reglas, y la imposición del espíritu que era favorecido por el poder imperial, determinaron una diferencia en la práctica monástica a ambos lados del Rin: orientándola hacia un estilo más cultural y claustral en Francia, prosiguiendo con su tenor misionero, al menos por un tiempo todavía, en Alemania. La fundación de grandes monasterios, muy influyentes en la Iglesia y el Estado, con medios económicos, importancia política, tradición cultural, caracterizaría a la vida benedictina en Alemania, mientras que en Francia serían de tendencia más litúrgica y espiritual, pero no menos influyentes y poderosos. En Francia la evolución llevaría a una mayor uniformidad entre los monasterios, con gran influencia en la península ibérica, que recibirá la penetración benedictina desde los monasterios franceses, y un creciente influjo en Italia; en Alemania, comprendiendo toda su área de influencia, los monasterios evolucionarán fortaleciendo su condición de centros de cultura, así como de vida eclesiástica. Justamente en Alemania no arraigará la modalidad cluniacense,

que ha de caracterizar, por el contrario, a las comunidades de Francia. El desarrollo futuro del monacato medieval, hasta la gran ruptura de la Reforma, se encuentra ya delineado en esta comparación.

Martín de Elizalde OSB

Bibliografía General

COLOMBÁS, GARCÍA M. OSB: *La tradición benedictina. Ensayo histórico*. Zamora, Ed. Monte Casino, 1989 ss. Vol. I-VII. (Espiritualidad Monástica. Fuentes y estudios)

LINAGE CONDE, ANTONIO: *San Benito y los benedictinos*. Braga, Irmandade de S. Bento da Porta Aberta, 1991-1993. Vol. I-VII

SCHMITZ, PHILIBERT: *Histoire de l'Ordre de Saint Benoit*. Maredsous, 1942 ss. Vol. I-II